

constitucion del emperador Antonino, que prohíbe al marido acusar de adulterio á su mujer, cuando él no ha cuidado de darle ejemplos de pureza por la honestidad de su conducta y la integridad de sus costumbres. Y añade que este mismo emperador dice en aquella célebre ley, que no le parece justo que un marido pretenda que su mujer sea casta, no guardando él la castidad. La doctrina del Padre san Gerónimo es del todo conforme á la de san Agustín. Entre nosotros, dice, en nuestra santa Religion, lo que está prohibido á las mujeres, lo está igualmente á los hombres; y en lo perteneciente á la pureza, ellos y ellas tienen las mismas obligaciones.

¿Pero á qué fin detenernos en estas autoridades, aunque tan respetables, cuando tenemos terminante la doctrina de san Pablo, que dice: la mujer no tiene potestad en su cuerpo, es del marido; éste tampoco es dueño de su cuerpo, lo es la mujer? De estas palabras se deduce evidentemente, que el adulterio es igualmente prohibido al uno que al otro, y que ambos tienen una misma obligacion de guardarse fidelidad.

Este es un pecado horribilísimo, contra el cual todas las leyes civiles, canónicas y divinas fulminan formidables penas. Sus circunstancias demuestran ciertamente su enormidad. Primeramente, se opone directamente á la solemne promesa que han hecho recíprocamente los casados de guardarse una inviolable fidelidad. En segundo lugar, se opone al orden de justicia, que pide no se despoje á nadie del derecho que legítimamente ha adquirido; y ya dejamos dicho con el apóstol san Pablo, que ni el marido ni la mujer son dueños de sí mismos, y que violan la justicia cuando entregan su cuerpo á quien no deben. En tercer lugar, es injurioso este pecado á los hijos, porque hace incierto su nacimiento. Lo cuarto, llena de confusion y desorden las familias, poniendo en ellas unos intrusos, que pretenden igual derecho á la herencia que los legítimos y verdaderos hijos. Lo quinto, destierra la paz y buena armonía que debe reinar en un matrimonio, pues las mujeres, al ver los extravíos de sus maridos, que las abandonan, que maltratan sus bienes, que todo lo sacrifican al ídolo de su impuro amor, les cobran tédio, los aborrecen, arrojan mil imprecaciones contra ellos y sus amigas, ó arrebatadas de un diabólico furor, maquinan las venganzas más atroces.

Acabemos esta doctrina por no hacernos interminables, y sea con las mismas palabras de san Pablo con que le dimos principio: *Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo et in Ecclesia*. Señores casados, advertid, que el estado en que os hallais, es un sacramento de la Iglesia cristiana, y un sacramento grande,

significado en la union de Cristo con la Iglesia. Felices vosotros, si gobernais á vuestras mujeres con dulzura, si las amais con castidad y si les guardais una fidelidad inviolable. Felices vosotros, si vuestra union corporal es pura, vuestra union de corazon es sincera, y vuestra union espiritual, sacramental y misteriosa. Felices vosotros, si buscáis un confesor virtuoso y sábio que os instruya aún más por menor en esta materia, que por su delicadeza no hemos desmenuzado más. Dios quiera daros su bendicion, para que, viviendo en gracia, logreis despues la eterna gloria.

MÁRTIRES.

In mortem tradimur propter Jesum.
Somos entregados en manos de la muerte por amor de Jesús.

(II CORINT. IV, 11.)

Si oigo á un cristiano versado en la historia de los primeros tiempos de la Iglesia, y celoso por la gloria de la Religion, me dirá: ¡qué furor el de aquellos Emperadores romanos, el de aquellos magistrados y de aquellos paganos enemigos encarnizados de los discípulos del Evangelio! Por tres siglos enteros no deja de correr la sangre de los cristianos. Los Nerones, los Domicianos, los Décios y Dioclecianos emplean contra ellos todos los suplicios de la crueldad más refinada: cruces, potros, hogueras, garfios, hasta las garras de las fieras, todo, todo se pone en práctica para atormentarlos. Si algunos decretos favorables de la autoridad imperial producen algunos intervalos de paz, parece que el fuego de la persecucion no se mitiga sinó para volverse á inflamar con más furia, y tres siglos de nuestra historia son tres siglos de persecucion. Pero ¡qué valor, qué heroismo el de los cristianos! El brazo de los verdugos se cansa ántes que la constancia de los mártires. ¡Qué multitud de inocentes víctimas caen por todas partes, bendiciendo á sus asesinos! Se los puede atormentar, pero no se los puede vencer. ¡Qué prodigio ver tanta fortaleza y magnanimidad, no en el acceso de una efervescencia pasajera, sinó por espacio de

trescientos años; no en determinados puntos del globo, sino en todas las provincias del imperio romano; no en algunos particulares, cuya educación, cuyas fuerzas naturales y cuya clase parecen hacerlos superiores á la debilidad del resto de los hombres, sino en una multitud de cristianos de todas edades y de todos estados, desde la adolescencia hasta la vejez, y desde el guerrero hasta el sexo más tímido!

Si en seguida oigo sobre el mismo asunto á un incrédulo, me dirá: Los cristianos ponderan mucho sus mártires, como si todas las religiones no presentasen semejantes ejemplos: el Judío se dejaría aún degollar por la ley de Moisés; y el Indio se arroja debajo de las ruedas del carro que lleva en triunfo sus ídolos. Todas las sectas cristianas no profesan la verdad, puesto que profesan dogmas opuestos; y sin embargo, desde los Donatistas del quinto siglo, hasta los reformadores del diez y seis, todas pueden gloriarse de haber tenido sus mártires. ¿Qué no puede una imaginación inflamada por los sentimientos religiosos!

¿A quién, señores, deberemos creer, al cristiano, ó al incrédulo que acabais de oír? Discutamos con la más severa imparcialidad. Al efecto propondremos las tres cuestiones siguientes: Primera, ¿Es cierto que las persecuciones suscitadas á la Iglesia en los tres primeros siglos han sido tan multiplicadas y crueles como lo suponen los cristianos? Segunda, ¿Qué es lo que nos refiere la historia en cuanto al número de los mártires, á las causas y circunstancias de su muerte? Tercera, ¿Qué utilidad pueden sacar de la historia de los mártires los apologistas de la Religión cristiana? Esta es la materia del presente discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No intento, señores, cansar vuestra imaginación con la descripción circunstanciada de los suplicios sangrientos é inauditas crueldades que presentan en cada página los anales de la Iglesia primitiva. Tenía el imperio sus dioses, sus templos, sus sacrificios y su religión pública; el paganismo estaba apoyado en las leyes, en la autoridad de los emperadores y de los magistrados, y en la credulidad y usos del pueblo: cuando hé aquí que los cristianos se presentan profesando abiertamente una religión nueva, y calificando la establecida como una superstición abominable. Su primera obligación era huir de los templos de los ídolos, manifestarse opuestos en sus discursos y conducta á los paganos, y abominar todo lo que era objeto de la pública veneración; por solo esto era natural que se sublevase contra ellos el mundo pagano. El filósofo no veía en los secuaces de un Dios crucificado más que una secta extravagante y ridícula; el magistrado,

unos novadores peligrosos; el pueblo, unos impíos enemigos de los dioses; y los sacerdotes de los ídolos, unos temibles rivales. Impútanseles los crímenes más horrendos; si no adoran los falsos dioses, se les acusa de ateos; si en sus juntas religiosas se dan muestras de una caridad enteramente fraternal, se les atribuyen amores incestuosos; y si participan del pan eucarístico, se les acusa de infanticidios, y de renovar el banquete de Thyestes. En vista de esto, ¿qué aborrecimiento no se les tendría? ¿Y es extraño que se hubiese armado contra ellos todo el furor de las pasiones?

¿Cuánta no era por otra parte la ferocidad del pueblo romano! ¿y no debería complacerse en hacer correr la sangre cristiana una gente cuyas fiestas eran asesinatos? ¿Hubo acaso entre los emperadores romanos alguno más afable y clemente que Tito? Sin embargo, este mismo Tito, para celebrar en Cesarea de Palestina el aniversario del nacimiento de su hermano, ordenó fiestas públicas en que se vió perecer á más de dos mil y quinientas personas, ó devoradas por las fieras, ó consumidas por el fuego, ó muertas en los combates de los gladiadores; y su humanidad no le impide cuando celebra en Berito los días de su padre Vespasiano, entregar millares de judíos para ser devorados por las fieras (JOSEFUS, DE BELLO JUD., LIB. XII, CAP. III). En vista de tal preocupación contra los cristianos, y tales costumbres entre los romanos, ¿extrañaremos lo que nos dice Orígenes en una de sus homilias (IN LIB. JOSUE, HOM., IX, N. 40): «El senado, el pueblo, los emperadores romanos, han decretado que no haya cristianos?»

Pero, huyamos de toda exageración, y no altere la fantasía con falsos colores la verdad de la historia; consultemos los monumentos de la antigüedad, así profana como sagrada. ¿Qué escritor eclesiástico, apologista, historiador, orador ó teólogo de los cinco primeros siglos, ha dejado de referir en sus obras las persecuciones de los cristianos, de elogiar el valor de los mártires y los triunfos de la Iglesia? Todos, aún viviendo en diferentes épocas y en distintos puntos, en Asia, en Africa, en Italia, en las Galias, todos están acordes en esto.

¿Qué nos dicen además los autores paganos? Hé aquí un documento original conservado por Eusebio (HIST. ECCLES. LIB. IX, CAP. IX): es una carta del emperador Maximino II. Enemigo éste de los cristianos al principio, varió luego por política, y escribió á los gobernadores de las provincias que le obedecían, una carta favorable á la Religión; pero, que supone haber sido ántes horriblemente perseguida. Empieza en estos términos: «Creo que sabeis, y que todos saben también, de qué modo Maximiano y Diocleciano, nuestros padres y predecesores, habiendo visto que casi todos los hombres abandonaban el culto

de los dioses para hacerse cristianos, mandaron con mucha justicia que se obligase por medio de suplicios á volver á su religion á todos aquellos que la hubiesen abandonado.»

Es cierto que, en el largo período de tiempo que medió entre Neron y Constantino, tuvo el imperio romano príncipes dignos de gobernar á los hombres; pero, aún estos mismos, si no expidieron edictos sanguinarios contra los cristianos, dejaron subsistir y ejecutar los de sus predecesores, y toleraron con extrema debilidad los excesos cometidos por los gobernadores de las provincias, por los magistrados y el pueblo, en aquellos tiempos de anarquía y disolucion que preparaban la ruina total del imperio. Trajano fué sin duda un gran príncipe, y sin embargo, fué el que condenó á san Ignacio, obispo de Antioquía, á ser arrojado á los leones en el anfiteatro. Plinio, gobernador de Bitinia, aterrado de que se hiciese morir tanta multitud de víctimas inocentes, escribió sobre esto á Trajano; ¿pero cuál fué la respuesta del Emperador? «Que no se debe pesquisar á los cristianos; pero, que si son delatados, se los debe interrogar, y castigarlos si confiesan ser cristianos (PLIN., EPIST., LIB. X, EP. 98).» Respuesta singular, que solo podia producir delatores y mártires.

Tampoco Antonino Pio, Marco Aurelio y Vero fueron perseguidores bárbaros; y sin embargo, á ellos es á quienes san Justino se queja en su apología de las inicuas persecuciones ejercidas contra los cristianos. A Marco Aurelio es á quien Meliton dirigia las palabras siguientes, conservadas por Eusebio (HIST. ECCLES., LIB. IV, CAP. XXVI): «¡Cosa inaudita! La inocencia es hoy perseguida, oprimida en las provincias del Asia con motivo de nuevos decretos; á la sombra de los edictos imperiales, desvergonzados delatores, codiciosos de los bienes ajenos, trabajan noche y dia en despojar de ellos á los inocentes. Si todo esto se hace por orden vuestra, oh gran Príncipe, debemos someternos y recibir la muerte: solamente os pedimos que examineis por vos mismo á los que se acusa, y determineis con vuestra equidad si deben morir, ó si los juzgais dignos de vivir; pero, si los decretos con que esto se autoriza, y que ni aún contra los bárbaros deberian darse, no son obra vuestra, no haremos más que suplicar con mayor instancia que no permitais seamos víctimas de tales atropellamientos.» Ahora podreis dar su justo valor á esas vagas aserciones de Voltaire en su Historia general, de que Neron, Trajano, Antonino y Marco Aurelio no persiguieron á los cristianos, y que, al contrario, les fueron favorables. Por nuestra parte, diremos con Bossuet (DISCOURS SUR L' HISTOIRE UNIVERSELLE): «Los cristianos fueron siempre perseguidos, tanto bajo el dominio de los buenos como

de los malos emperadores. Estas persecuciones se hacian, unas veces, por órdenes suyas, y por el odio particular de los magistrados; otras, por la sedicion de los pueblos; y otras, en fin, por los decretos promulgados auténticamente en el Senado con arreglo á los rescriptos de los príncipes ó en su presencia.»

¿Y se podrá dudar aún de la realidad de las persecuciones de los primeros tiempos, de su larga duracion y de su barbárie? Cuando los hechos hablan tan claramente, ¿convendrá atenerse á vagas conjeturas é inverosimilitudes? Nuestros filósofos han acusado á los escritores eclesiásticos de haber exagerado el rigor de las persecuciones. ¡Ah! Estos mismos filósofos han sabido facilitarnos en nuestros dias la creencia, aún de lo más bárbaro que presentan los tiempos antiguos de la Iglesia. ¡Cuántas escenas de horror han pasado á nuestra vista que podian no parecer más que sueños!

2. Pero ¿qué es lo que la historia nos enseña como cierto relativamente al número de los Mártires, á las causas y circunstancias de su muerte? Esta es la segunda cuestion.

No es por los Martirologios, ni los catálogos de los Mártires por donde se puede juzgar de su número. ¡Cuántas de estas relaciones deben haberse perdido en la série de los tiempos! Los escritores eclesiásticos de los cinco primeros siglos, en sus homilias, en sus apologías y otros diferentes tratados, suponen siempre que las persecuciones sangrientas en extremo hicieron un sinnúmero de mártires. Yo bien sé que Orígenes dice, en pocas palabras, que hubo pocos mártires, y que con este dicho cree la incredulidad haber triunfado; pero, además de que Orígenes escribió ántes de las persecuciones de Decio, de Valeriano y Diocleciano, que fueron las más sangrientas, es evidente que solo quiso decir, que el número de los mártires era pequeño, comparado con el de los cristianos que no habian perecido: «no queriendo Dios, añade, que la sociedad cristiana fuese del todo destruida (CONT. CELS., LIB. III, N. 8).»

Creo deber entrar en algunos pormenores de la persecucion de Diocleciano, la más larga y cruel de todas, y sobre la cual han esparcido más los filósofos las nubes de su excepticismo. ¿Y quién debia conocerla mejor que Eusebio y Lactancio, ambos contemporáneos? Oigamos pues á Eusebio (HIST. ECCLES., LIB. VIII, CAP. IV): «Es imposible decir que multitud de mártires hizo en todas partes la persecucion. «*Dici non potest quot et quantos Christi Martyres in omnibus locis atque urbibus passim cernere licuerit.* Estas son sus palabras. ¿Qué nos dice Lactancio? (DE MORT. PERSEC., CAP. XVI). «Toda la tierra estaba cruelmente atormentada; y el Oriente y el Oc-

cidente, á excepcion de las Galias, fueron asolados y devorados por tres mónstruos.» Fué tan espantosa, en efecto, la persecucion de Diocleciano y de sus colegas, que se persuadieron haber como destruido el cristianismo en el imperio. «Vemos todavía, se dice en el Arte de comprobar las fechas, una medalla de Diocleciano con esta inscripcion: *Nomine christianorum deleto*. En memoria de la abolicion del nombre cristiano.

No sé que intencion habrá tenido Voltaire al decir: «Se ha hecho mencion de unos doscientos mártires en los últimos tiempos de Diocleciano, en toda la extension del imperio romano.» Gibbon confiesa que hubo cerca de dos mil condenados por sentencia judicial.

Eusebio refiere, que una ciudad de Frigia (HIST. ECCLES., LIB. VIII, CAP. XI) fué entregada á las llamas con todos sus habitantes, su gobernador y magistrados, porque rehusaron sacrificar á los falsos dioses. Fíaos pues, señores, de los filósofos en lo que pertenece á la Religion. Oigamos más bien al historiador Sulpicio Severo, que escribió poco tiempo despues de la persecucion de Diocleciano. «Diez años de devastacion han asolado la Iglesia de Dios; jamás guerra alguna ha hecho mayor estrago en el género humano, y nunca la Iglesia habia conseguido un triunfo tan glorioso, pues que diez años de carnicería no han podido vencerla» (SULP. SEVER., SACR. HIST. LIB. II). Así pues, sin querer fijar con una exactitud matemática el número de los mártires, diremos con Fleury (II^o DISC. SUR L' HIST. ECCLES., N. 2): «Los cristianos han dado testimonio de la verdad hasta con la muerte, y con los más crueles tormentos; y esto no ha sido un pequeño número de filósofos, sinó una multitud innumerable de todas edades, sexos y condiciones.»

Pero ¿por qué padecian? ¿era por ser cristianos, ó por haber sido convencidos de algun crimen capital?

La filosofia ha procurado con todo esfuerzo calumniar á los cristianos, representándolos como sediciosos, ó como hombres arrebatados por un falso celo contra el paganismo; pero, toda la odiosidad de semejante acusacion recae sobre los que se atreven á intentarla. Invoqué en favor de la inocencia de los mártires la carta de Plinio á Trajano, la contestacion de este príncipe, y el edicto de Maximino: todos estos documentos prueban, que los cristianos únicamente eran perseguidos á causa de su religion, como enemigos de los dioses y del culto de los paganos. Apelaré tambien á nuestros antiguos apolo-gistas, que todos suponen como un hecho averiguado, que los cristianos no fueron convencidos de ningun crimen, y que todo su delito era el de su religion; y en esto se fundan para dar á conocer toda la ini-

quidad de las leyes y de los magistrados respecto á ellos. Apelaré tambien á los restos que nos han quedado de las actas auténticas de nuestros mártires. Léanse los interrogatorios: ¿de qué se trata en ellos? ¿qué pregunta el juez? ¿qué responde el acusado? ¿en qué se funda la sentencia? ¿se les condena acaso por haber cometido crímenes? No, señores, jamás: si la voz de la calumnia hace resonar alguna vez la acusacion vaga de infanticidio ó de incesto, ¿se da alguna prueba de ello? No, no es esto en lo que se funda la sentencia de muerte; no adorar á los dioses y ser cristianos, este es todo su delito. Así es, que bastaba renegar de su religion para ser absuelto; todas las persecuciones producian apóstatas, porque una simple negacion de la fé cristiana, ó un poco de incienso quemado ante los dioses de los gentiles, los salvaba la muerte. ¡Y qué! si los acusados hubieran sido convencidos de crímenes abominables, ¿les hubiera bastado no ser cristianos para evitar el suplicio que hubiesen merecido?

5. De la historia de los mártires y de sus combates por la fé, sacaremos dos consecuencias muy gloriosas para la Religion: primera, que es imposible atribuir su muerte y su valor á ninguna de aquellas pasiones feroces y bajas que animan con demasiada frecuencia á los hombres; segunda, que no se puede formar paralelo alguno entre los mártires de la Religion cristiana y los de las otras religiones.

En efecto, ¿cómo ver en los mártires unos hombres arrastrados por las pasiones humanas? ¿Los acusareis de una estúpida locura? Pero, aquella virtud tan subime, aquella caridad tierna y compasiva, aquel valor tan heróico que caracterizaban á los primeros cristianos, ¿no han de ser á vuestros ojos más que rasgos de estupidez? ¿Y no han de ser más que hombres estúpidos todos aquellos Pontífices de la Iglesia primitiva, aquellos filósofos paganos convertidos al cristianismo, aquellos doctores cuyos escritos conservamos, los oficiales de la corte de los Césares, los magistrados, los guerreros y últimamente todos los personajes ilustres de que se componia en parte la Iglesia de los primeros tiempos? Se habla de fanatismo: palabra cómoda porque es vaga, y que los filósofos deberian definir exactamente. ¿Pero se nota acaso en nuestros mártires un celo oscuro y feroz? No, todo al contrario: ¡qué paz, qué serenidad, y muchas veces qué alegría brillaba en sus rostros! Serian impelidos por el amor de la gloria? Yo no dudo que la pasion por la celebridad exalte á algunas almas; ¿pero no será una quimera suponer, que una inmensa multitud de hombres, de todas edades y condiciones, mueran en los más crueles suplicios, animados por la esperanza de vivir en la memoria de la posteridad? ¿Es esto acaso lo que ambiciona el comun de los hom-

bres? No, en nada se descubre en nuestros mártires ni la bajeza ni la vanidad de las pasiones humanas.

He dicho tambien que no se podia formar paralelo alguno entre nuestros mártires, y los de las otras religiones. Desde luego podria haceros observar, con todos nuestros apologistas, que un considerable número de nuestros mártires no han muerto, como los de otras religiones, por opiniones especulativas de que estuviesen imbuidos, y que su entendimiento les presentase como verdaderas; sinó por hechos asombrosos y públicos, como fueron los prodigios de Jesucristo y de los Apóstoles, prodigios que ó habian visto con sus ojos, ó sabido por testigos oculares que sellaban su testimonio con su sangre. La palabra *mártir*, segun su etimología, quiere decir: *testigo*. «Y qué testificaron san Estéban, los dos Santiagos, san Pedro, san Pablo, san Simon y otros, cuando murieron por Jesucristo? Todos testificaron que le habian visto hacer milagros, que le habian visto muerto y resucitado, que les habia mandado predicar aquella doctrina. ¿Es digno ó no de fé su testimonio sobre hechos tan palpables? ¿forma prueba ó no la forma? Hé aquí toda la cuestion. ¿De qué daban testimonio los discípulos de los Apóstoles, tales como san Ignacio y san Policarpo, cuando morian en los suplicios? Todos testificaban que los Apóstoles habian referido los milagros de Jesucristo, y su gloriosa resurreccion, y que habian sellado con su sangre todas estas verdades. Los mártires posteriores trasmitieron el propio testimonio, de modo, que las diversas generaciones de mártires no han hecho más que perpetuar la cadena de testimonios irrecusables en favor de hechos que eran el fundamento de su religion. ¿Y se encuentra cosa igual en alguna parte?

Pero voy á considerar á los mártires bajo otro punto de vista. El verdadero carácter del martirio es morir por su religion ántes que abandonarla, aún cuando con solo renunciar á ella se pueda evitar la muerte. Así, se os propone la apostasia ó la muerte, os es dada la eleccion; libremente preferís la muerte, sois verdadero mártir: pues hé aquí cuál era la condicion del inmenso número de los mártires cristianos. Déjese, pues, de compararlos con los paganos, con los Judíos, los Musulmanes y otros sectarios, muriendo con las armas en la mano por su religion, ó pereciendo en una matanza general, ó sufriendo los suplicios decretados por las leyes, cuyo rigor no habian podido evitar. Seria preciso citarme idólatras, que hubiesen preferido la muerte á confesar la unidad de Dios, Judíos, que hubiesen rehusado rescatar sus días con un acto exterior del cristianismo, Musulmanes, anteponiendo la muerte á la abjuracion aparente de Mahoma, ó sectarios, que se lanzasen á las hogueras ántes que abandonar su doctrina.

No olvidemos que descendemos de estos héroes cristianos, y que podemos exclamar con más razon que aquel patriarca de la antigua ley (JOB. II, 18): somos hijos de los Santos: nos han precedido en la carrera, y nos esperan en la morada de su gloria: peleemos como ellos para triunfar como ellos, y consolemos á la Iglesia, nuestra madre comun, con nuestra adhesion á su doctrina y á sus leyes. La incredulidad moderna pasará con sus sofismas y su falsa tolerancia: es un azote que dejará tras sí por mucho tiempo vestigios de sus estragos; pero, esperemos que de este nuevo género de persecucion no quedará más que lo que queda de las antiguas, recuerdos gloriosos para la Iglesia que las ha sufrido. ¿Qué se han hecho aquellos Romanos que la perseguian? Aquel pueblo que se vanagloriaba de ser el pueblo soberano, ha sido entregado á las naciones bárbaras; aquel imperio que se lisonjeaba de ser eterno, cayó. Roma está sepultada con sus falsos dioses entre sus ruinas, y no queda de ella otra memoria que esa otra Roma nacida de sus cenizas, y que, pura y santa, se ha hecho para siempre el centro del reino de Jesucristo.

MARTIRIO POR LA FÉ.

CARACTÈRES DEL MÁRTIR CRISTIANO.

Beati estis cum persecuti vos fuerint propter me.

Dichosos sereis cuando los hombres por mi causa os persiguieren.

(MATTH. V, 11).

Hermanos míos: vengo hoy á vengar á la Iglesia de las injustas imputaciones que se le hacen, demostrando una de las más brillantes glorias de su pasado; es decir, la gloria de sus mártires. No es mi intencion la de hacer ver, que en la sangre de estos héroes sagrados se apoya una prenda de verdad para el Evangelio y una prueba de divinidad para la Iglesia, como se ven descansar las gruesas perlas en el fondo del Océano: semejante órden de ideas no entra en el cuadro al cual he prometido circunscribirme; mi voluntad es la de